

El carácter de los paisajes de Madrid

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN*

Introducción. Los paisajes son los cuadros geográficos de la existencia, formados por acumulaciones de naturaleza y civilización, donde se hace la vida en concretas relaciones materiales y referencias espirituales. Por eso, a su vez —en acertada idea del geógrafo Juan Ojeda—, los paisajes tienen también para quienes los habitan o recorren una capacidad civilizadora.

La inclusión en determinado territorio y la aportación humana al paisaje —entre las necesidades y la libertad— tienen una parte de herencia histórica y otra de función actual, pero ese no pequeño espacio de libertad conlleva una responsabilidad constante en el manejo de ese “artefacto”. En el paisaje compartimos el cuadro de la vida con los demás, incluso con nuestros antepasados, y en él dejamos un legado más o menos habitable. Además, en esa capacidad civilizadora de retorno, que luego posee el paisaje, interviene no sólo su vivencia directa, sus componentes valiosos, sino también su imagen cultural, formada por sus representaciones artísticas, de pensamiento, de ciencia; se forma así un cuerpo paralelo, cualificado, que le otorga valores añadidos con los cuales adquiere su entidad completa. Los sitios no son sólo materia. Esto ocurre en todas partes.

* Catedrático de Geografía. Universidad Complutense.

Podemos acotar la indispensable relación material en lo territorial; sobre esta base fría y cambiante se configuran los paisajes como formas y como rostros. Por eso los territorios no son feos ni bellos y los paisajes sí. Éstos son, incluso, un espacio moral. Va a ser interesante intentar aplicarlo a Madrid en tan pocas páginas.

1. Primer examen geográfico. En una clara posición interna en la Península, el espacio de Madrid —Comunidad— se coloca en concreto al abrigo y solana bonancibles del Sistema Central, mirando al Sur, en buena parte sobre llanos, bien regado, no muy alto, con recursos físicos diversos, entre una montaña elevada y un gran río: un buen lugar —no tan extremado como la Meseta Norte— y lo que se llama una situación realmente céntrica. Madrid —Ciudad— también puede calificarse del mismo modo, pues, como dijo Manuel de Terán, parece “varada a medio camino entre el Guadarrama y el Tajo”. Tiene así la antigua provincia un relieve contrastado, notable desnivel entre Aranjuez y Peñalara, pero casi siempre de formas simples, apenas frágil; una vegetación muy alterada por el hombre en el llano y copiosa en la Sierra.

Es decir, un terreno bastante variado, caracterizado por la complementariedad, con sectores netamente definidos en tres grandes y obvios tipos de paisajes: llanos, sierras y ciudad. En un recuento menos breve: la montaña, los páramos, las campiñas y vegas, los interfluvios alomados, algo del Tajo y la gran ciudad, con sus espacios satélites, con una fuerte capacidad de influencia. Los factores físicos hacen el marco general y configuran algunos de los rasgos dominantes de ciertos espacios rurales y rur-naturales de modo evidente.

Curiosamente conviven y se mantienen en Madrid sierras boscosas de pinos, robles, abedules y hayas con manantiales limpios, prados y leñas y cumbres de piornal y riscos pelados, de nieve y aguacero. Peñas entre las laderas de la montaña y las llanuras, rampas con campos cercados, dehesas con robles y fresnos. En parte próximos, páramos viejos y desapacibles —las alcarrias, en denominación propia, de fuerte personalidad—, suficientes para otorgar castellanidad literaria. Después, campiñas cultivadas, viejas tierras de trigo, vid y olivo (acaso ya corredores industriales). Luego, colinas con encinares antiguos —jaras, retamas, plantas aromáticas— y aljezares tan sobrios que algunos incluso llamaron estepas. Las galerías de riberas y vegas con sotos sombríos, huertas feraces, jardines reales y el curso manso de un río. Paisajes más o menos fértiles, pero casi todos bastante serenos. No tanto, sin embargo, los espacios más domesticados, tan usados, a veces tan maltrechos, como los campos desarbolados, donde hemos sobrevivido desde el Paleolítico, y los pueblos —muchos arrastrados por la urbanización de nuestros tiempos—.

Pero el poder de lo urbano crea sus paisajes propios, sus tramas y objetos heredados —casa, oficina y almacén de siglos desde una olvidada fortaleza musulmana—, sus cambios veloces, su agitación, su prisa y atasco interpenetrados, sus espacios nuevos de intensa personalidad y actividad (paisajes de Paleomadrid y de Neomadrid), sus demandas territoriales, su capacidad de ideación de funciones y usos de entornos, alfoces y puertos —la mirada puesta en todas partes—, sus consumos, producciones, desperdicios. La potencia activa de la gran ciudad, geográfica, política, económica, sociológica, cultural en un entorno dominado por la proximidad y a veces por la gestión, trasciende el propio espacio de la capital, aunque sorprendentemente —pese a ser visible que disminuye— quede todavía amplio campo que no es urbano. Del Madrid de mediados del siglo pasado, de casas con más pisos que balcones, con 15.000 funcionarios, 11.000 jornaleros, 16.000 criadas y 2.500 mendigos, entre otras ocupaciones, a esta capital de hoy se puede medir un salto interno y de

influencia en su región realmente renovador: la cantidad de reconfiguraciones y desfiguraciones paisajísticas que ha arrastrado son incontables. Con ellas han llegado nuevos mundos y también se ha ido —y en no pequeña medida— lo que Terán llamaba “un potencial de sugerencias y evocaciones”.

No es posible hacer aquí el inventario de los paisajes con carácter de la capital, pero sí lanzar algunas insinuaciones rápidas sobre su variado aspecto y una posible nomenclatura. Por ejemplo, hay un centro antiguo (Plaza y calle Mayor, Arenal, Sol...) algo monumental —nunca lo es Madrid del todo— y relativamente cuidado, cuyo límite acaba en el posterior eje del Paseo del Prado, que se puede distinguir de un casco envejecido —lo que aún queda de vieja ciudad castellana— y degradado (Lavapiés, Vistillas, calle Toledo...), en proceso de vaciamiento.

El ensanche es diverso, muy densamente urbano, en general sin personalidad acusada. Hay también, no obstante, un Madrid de las postales (barrio de los Jerónimos, de Salamanca, Cibeles, Gran Vía, Alcalá...) con rasgos más acusados de fines y principios de siglo. Los suburbios y arrabales integrados (Cuatro Caminos, Tetuán...). Colonias como El Viso y las ciudades jardín anteriores a la guerra. Hay un Madrid típico del franquismo, con extensión de barrios populares y expansión urbanística (Moratalaz, Saconia, Urbis, la entonces Avenida del Generalísimo, el área del Bernabeu...).

Un Madrid de los negocios, de los rascacielos, de edificios de cristal, el Madrid de América (Azca, etc.). Una orla fuerte de barrios populares, a la vez densos, nucleares y desdibujados, antes autónomos y ahora incluidos en el tejido de la ciudad (Vallecas, Carabanchel, Getafe, Leganés, el Villaverde industrial, Hortaleza, Fuencarral...). Un crudo cinturón periurbano de barbecho social y sociedad inestable, campos abandonados, basureros, poblados marginales. Núcleos acotados elegantes (Somosaguas, Puerta de Hierro, La Moraleja). Una aureola de adosados (Pozuelo, Aravaca, etc., hasta la carretera de Toledo y otras). Espacios empresariales surgidos desde las carreteras y las M-30 y M-40. Pueblos muy transformados por el crecimiento reciente, que pertenecen a la constelación Madrid (Barajas, Villalba, Alcobendas, San Fernando de Henares). Una ciudad satélite de nueva planta (Tres Cantos). Pueblos próximos en proceso de transformación como núcleos residenciales de la misma galaxia (el caso de Cobeña). Urbanizaciones más remotas que alcanzan el pie y el interior de la Sierra y trepan hasta el mismo Puerto de Navacerrada, barrio lejano de Madrid. Y la misma Alcalá, la que fue la “otra ciudad” madrileña, identidad que retiene por su casco antiguo, pero que ya está en proceso imparable de conurbación. Sin duda el esbozo es ligero y lo señalado muy poco, pero basta para que el lector sepa que lo plural y la estructura complicada son los rasgos básicos de los paisajes urbanos madrileños, y que el peso de éstos en el conjunto comarcal es imponente.

2. Segundo examen literario. Cuando, hacia los años diez de nuestro siglo, comienza a cristalizar el montañismo en Madrid, una de las primeras guías de la Sierra estaba dedicada a Giner de los Ríos y prologada por Enrique de Mesa. No era tal afición sino un producto de la actitud institucionista de interés por la relación con la naturaleza y en concreto por el Guadarrama desde 1886. Interés por su estudio y también por su vivencia, que acabará dando lugar a un movimiento conservacionista de la montaña, basado en su valoración científica, pedagógica, literaria y artística como paisaje y como símbolo. Esta valoración fue especialmente expresada por la generación del 98, que materializó —desde Madrid— en la Sierra de Guadarrama buena parte de ese sentimiento,

lo que acabará por dotar a estos paisajes madrileños de una carga cultural especialmente intensa, sin la cual serían deficientemente entendidos.

La relación que establece Machado de Giner con los “azules montes del ancho Guadarrama” es también expresiva del sentido que está adquiriendo nuestra montaña. El mismo Baroja relata, en relación con estos símbolos intelectuales, una ascensión a la laguna de Peñalara. Azorín piensa que el paisaje del Guadarrama facilita el entendimiento de la poesía castellana, permite la reunión espiritual con una parte de la tradición cultural española. Beruete, Morera, Espina pintan la Sierra con maestría particular. La poesía de Enrique de Mesa sobre el Guadarrama está concebida como una correspondencia entre sentimiento y paisaje. Ortega y Gasset introdujo la Sierra en la filosofía en “el logos del Manzanares”. Y el bosque de El Escorial dio lugar a una de sus más profundas reflexiones. La “escuela de Madrid” se expresa, pues, en cuestiones sustanciales a través del Guadarrama.

Si, como decimos, las mejores corrientes culturales que han pasado por esta ciudad desde fines del siglo XIX han dotado a la montaña de un valor añadido, el paisaje de la Sierra de Guadarrama terminará siendo el mejor representado de las montañas españolas por artistas e intelectuales nuestros. Evidentemente, gracias a la existencia de Madrid, donde se albergaban. La Sierra de Guadarrama no sólo ha padecido, por tanto, la influencia de la capital, sino que ha gozado de ella. Es ésta otra interesante relación ciudad-naturaleza, muy influyente en la concepción cordial de su paisaje y en inscribirlo en una función cultural.

Obras de calidad contagian al paisaje de esta montaña el valor de palabras (las ya dichas y muchas otras) y de pinceladas excelentes (desde Velázquez, aún fuera de los riscos, a Jaime Morera, ya dentro, Beruete, Regoyos, Sorolla, Vázquez Díaz). Cabría montar, con sus resultados, un pequeño museo del Guadarrama: ¿no obliga este precedente a un comportamiento exquisito con tales paisajes?